

# LA OBEDIENCIA DE JOSUÉ

No. 796

UN SERMÓN PREDICADO POR C. H. SPURGEON  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

*«Solamente sé **fuerte** y de **mucho valor**, para que tengas cuidado de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas.» (Josué 1:7)*

Josué fue altamente favorecido en cuanto a las promesas. Las promesas que Dios le dio eran de una comprensión amplia y sumamente alentadoras. Pero Josué no debía decir por eso dentro de sí: «Estos pactos ciertamente se cumplirán, y por lo tanto puedo sentarme y no hacer nada». Por el contrario, porque Dios había decretado que la tierra sería conquistada, Josué debía ser diligente para guiar al pueblo a la batalla. No debía usar la promesa como un lecho donde su indolencia pudiera deleitarse, sino como un cinto con el cual ceñir sus lomos para la actividad futura.

Como un estímulo para la energía, consideremos siempre las misericordiosas promesas de nuestro Dios. Pecaríamos contra Él de la manera más ingrata y detestable si dijéramos dentro de nosotros: «Dios no abandonará a Su pueblo, por lo tanto, aventurémonos en el pecado». Y somos casi igualmente malvados si susurramos en nuestras mentes: «Dios ciertamente cumplirá Sus propios decretos y dará las almas de Sus redimidos como recompensa a Su Hijo Jesús, por lo tanto, no hagamos nada y abstengámonos por completo del celoso servicio cristiano».

Este no es el lenguaje apropiado para los verdaderos hijos. Esta es la charla de los indolentemente ignorantes, o de meros impostores que se burlan de Dios mientras pretenden reverenciar Sus decretos. Por el juramento, por la promesa, por el pacto y por la sangre que lo sella, somos continuamente exhortados a trabajar para Cristo, ya que somos salvos para que podamos servirle en el poder del Espíritu Santo, con corazón, alma y fuerzas.

Josué fue especialmente exhortado a continuar en el camino de la obediencia. Él era el capitán, pero había un gran Comandante en Jefe que le daba sus órdenes de marcha. Josué no fue abandonado a su propio juicio falible o a su fantasía voluble, sino que debía hacer conforme a todo lo que estaba escrito en el libro de la ley. Así sucede con nosotros, los creyentes. No estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. Sin embargo, todavía hay una regla del Evangelio que estamos obligados a seguir, y la ley en la mano de Cristo es una regla de vida deleitable para el creyente.

No debemos seguir, en el servicio de Dios, nuestras propias fantasías. No se nos permite elaborar reglamentos según nuestras propias concepciones, sino que nuestra dirección es: *«todo lo que Él os diga, hacedlo»*. Sus siervos le servirán, Sus ovejas seguirán Sus pasos, Sus discípulos obedecerán a su Señor, Sus soldados cumplirán Su voluntad, «Por sus frutos los conoceréis». Si no somos obedientes a Cristo, podemos estar seguros de que no tenemos el espíritu de Cristo y no somos Suyos.

## **I. LA OBEDIENCIA ES EL MÁS ALTO CORAJE PRÁCTICO.**

Al hablar de la obediencia que se le encomendó a Josué, quisiera recordarles que la obediencia es el más alto coraje práctico.

Lean el texto: «Solamente sé **fuerte** y de **mucho valor**, para que tengas cuidado de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó». (Josué 1:7) Supusieron, al escuchar las palabras: «Solamente sé fuerte y de mucho valor», que se iba a realizar alguna gran hazaña, y la suposición era correcta, pues todas las hazañas están comprendidas en esa única declaración: «Para que tengas cuidado de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó».

La mayor hazaña de la vida cristiana es obedecer a Cristo. Esta es una hazaña, hermanos míos, que ningún hombre realizará jamás, a menos que haya aprendido la regla de la fe, haya sido llevado a descansar en Cristo y a avanzar por el camino de la obediencia en una fuerza que no es suya, sino que ha recibido de la obra del Espíritu Santo que mora en él.

El mundo considera la obediencia como algo de espíritu mezquino, y habla de rebelión como libertad. Hemos oído a hombres decir: «Seré mi propio amo, seguiré mi propia voluntad». Ser un librepensador y un vividor libre parece ser la gloria del mundano, y sin embargo, si el mundo tuviera suficiente sentido para condenarse a sí mismo por la locura, con pruebas indiscutibles, no sería difícil demostrar que un detractor del obediente es un necio.

Tomemos la propia regla militar del mundo. ¿Quién es considerado el soldado más audaz y el mejor, sino el hombre que es más completamente obediente a la orden del capitán?

Se cuenta una historia de las antiguas guerras francesas que se ha repetido cientos de veces. Un centinela es puesto para guardar una determinada posición, y al anochecer, mientras camina de un lado a otro, el propio emperador pasa por allí. Él no conoce la contraseña. Inmediatamente el soldado lo detiene. «Usted no puede pasar», dice. «Pero debo pasar», dice el emperador. «No», responde el hombre, «aunque usted fuera el pequeño cabo gris en persona, no pasaría», con lo cual, por supuesto, se refería al emperador. Así, el propio autócrata fue mantenido a raya por la orden. El vigilante soldado fue después generosamente recompensado, y todo el mundo dijo que era un valiente.

Ahora bien, de ese ejemplo, y hay cientos de ellos que siempre se cuentan con aprobación, aprendemos que la obediencia a las órdenes superiores, llevada a cabo a toda costa, es una de las pruebas más elevadas de coraje que un hombre puede dar, y a esto el mundo mismo da su asentimiento. Entonces, seguramente no es algo mezquino y cobarde que un hombre sea obediente a Aquel que es el Comandante en Jefe del universo, el Rey de reyes y Señor de señores.

El que hace lo correcto y lo verdadero con sangre fría, a pesar del ridículo, es un hombre más audaz que el que se arroja ante la boca del cañón por la fama; sí, y permítanme añadir, persistir en la obediencia escrupulosa durante toda la vida puede requerir más coraje que el que el mártir demuestra al entregarse una vez y para siempre a la hoguera.

En el caso de Josué, la plena obediencia al mandato divino implicó innumerables dificultades. La orden que se le dio fue que debía conquistar toda la tierra para las tribus favorecidas, y lo hizo lo mejor que pudo. Pero tuvo que sitiarse ciudades amuralladas hasta el cielo, y luchar con monarcas cuyos guerreros acudían a la batalla en carros de hierro armados con guadañas. Los primeros conflictos fueron algo terrible. Si no hubiera sido un soldado audaz y capaz, habría envainado su espada y desistido de la contienda, pero el espíritu de obediencia lo sostuvo.

Aunque tú y yo no tenemos hivitas ni jebuseos que matar, ni ciudades que derribar, ni carros de hierro que enfrentar, encontraremos que no es fácil mantenernos en el camino de la coherencia cristiana. Calculen bien el costo, ustedes que recién se han alistado bajo el estandarte de mi Señor. No encontrarán que sea un juego de niños «seguir al Cordero por dondequiera que vaya». (Apocalipsis 14:4) Ponerse el vestido de peregrino de lino blanco y luego salpicarlo descuidadamente con impiedad, y luego profesar arrepentimiento solo para volver a caer y embarrarlo en la suciedad, y luego, una y otra vez, lavarlo, o decir que lo han lavado, esto es bastante fácil. Muchos tienen arranques de piedad que terminan sus vidas en desesperación.

El cristianismo de algunas personas les cuesta poca cruz, mucho menos «resistir hasta la sangre, luchando contra el pecado». Una profesión meramente nominal es bastante fácil de hacer y de mantener según la moda de los tiempos. Pero ser un cristiano de verdad, de pies a cabeza, comer, beber y dormir vida eterna, vivir la vida de Dios en la tierra, este es el trabajo, esta es la dificultad. Necesitarán tener la fuerza de Sansón, y algo más, para arrancar las puertas que bloquean su camino, una fuerza divina debe ser suya si quieren mantener la corona del camino contra todos los que se presenten.

Además, Josué no solo tuvo dificultades que enfrentar, sino que se ganó muchos enemigos a causa de su obediencia. Esto era natural. Tan pronto como se supo que Jericó había sido tomada, que Hai había sido tomada por asalto, leemos de una confederación de reyes, y luego de otra, con el objetivo

de destruir el poder de Josué, ya que estos reyes sabían bien que él los aplastaría si ellos no lo aplastaban a él.

Ahora bien, el cristiano se encuentra en una situación similar. Tendrá que hacerse enemigos. Uno de sus objetivos será no hacerse ninguno. Pero, por otro lado, si hacer lo correcto, creer lo verdadero y llevar a cabo lo honesto le hiciera perder a todos sus amigos terrenales, lo consideraría una pequeña pérdida, ya que su gran Amigo en el cielo será aún más amigable y se le revelará con más gracia que nunca.

Oh, ustedes que han tomado Su cruz, ¿no saben lo que dijo vuestro Maestro? «Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa.» (Mateo 10:35-36)

Cristo es el gran Pacificador, pero antes de la paz, Él trae la guerra. Donde llega la luz, la oscuridad debe retirarse. Donde está la verdad, la mentira debe huir. O si permanece, debe haber un conflicto severo, porque la verdad no puede ni bajar su estandarte, y la mentira debe ser pisoteada. Si sigues a Cristo, tendrás a todos los perros del mundo ladrando a tus talones.

Si andas con medias tintas, y sostienes la liebre y corres con los perros, puedes ser cristiano y mundano a la vez, de alguna manera, pero si quieres vivir de tal forma que puedas pasar la prueba del tribunal final, ten por seguro que el mundo no hablará bien de ti. El que tiene la amistad del mundo, descubrirá que es enemigo de Dios. Pero si eres verdadero y fiel al Altísimo, los hombres resentirán tu inquebrantable fidelidad, ya que es un testimonio contra sus iniquidades.

Sin temor a las consecuencias, debes hacer lo correcto. Necesitarás el coraje de un león para seguir sin dudar un camino que convertirá a tu mejor amigo en tu enemigo más feroz, pero por el amor de Jesús debes hacerlo. Por el bien de la verdad, arriesgar la reputación y el afecto, es un acto tal que para hacerlo constantemente necesitarás un grado de principio moral que solo el Espíritu de Dios puede obrar en ti. Sin embargo, no des la espalda como un cobarde, sino compórtate como un hombre.

Además, Josué, en su obediencia, necesitó mucho coraje porque había emprendido una tarea que implicaba, si la llevaba a cabo, largos años de perseverancia. Después de haber capturado una ciudad, debía seguir atacando la siguiente fortaleza. Los días no eran lo suficientemente largos para sus batallas. Él le pide al sol que se detenga, y la luna se detiene. E incluso cuando ese largo día ha pasado, la mañana lo encuentra con la espada en la mano.

Josué era como uno de esos antiguos caballeros que dormían con su armadura puesta. Siempre estaba luchando. Su espada debe haber estado muy mellada, y su armadura a menudo debe haber estado roja de sangre. Tenía ante sí una empresa de toda la vida.

Tal es la vida del cristiano, una guerra de principio a fin. Tan pronto como eres lavado en la sangre de Cristo y vestido con Su justicia, debes comenzar a abrirte camino a través de un sendero de enemigos, hasta el trono eterno. Cada paso del camino será disputado, ni un solo centímetro te cederá Satanás. Debes seguir luchando diariamente. «Mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo», (Mateo 10:22) no el principiante que comienza con sus propias fuerzas y pronto llega a su fin, sino aquel que, ceñido con la gracia divina, con el Espíritu de Dios dentro de él, determina seguir adelante hasta que haya golpeado al último enemigo, y nunca abandona el campo de batalla hasta que ha escuchado la palabra: «Bien, buen siervo y fiel». (Mateo 25:21)

Que el hombre que dice que la vida del cristiano es mezquina y carente de hombría, vaya y aprenda sabiduría antes de hablar, porque de todos los hombres, el creyente perseverante es el más varonil. Tú que te jactas de ti mismo, de tu coraje para pecar, te rindes al enemigo, eres un perro cobarde, huyes del enemigo, cortejas la amistad del mundo, no tienes suficiente coraje para atreverte a hacer lo correcto y lo verdadero, has pasado bajo el yugo de Satanás y de tus propias pasiones, y para ocultar tu propia cobardía eres tan vil como para llamar cobarde al valiente cristiano. ¡Fuera contigo, por añadir la mentira a tus otros vicios!

A menudo, si seguimos a Cristo, necesitaremos ser verdaderamente valientes al enfrentar las costumbres del mundo. Lo encontrarás así, joven, en una casa comercial. Lo encontrarás así, esposo, incluso en relación con tu propia esposa e hijos, si no son salvos. Los niños lo han encontrado así en la escuela. Los comerciantes lo encuentran así en el mercado. El que quiera ser un verdadero cristiano necesita tener un corazón fuerte.

Se cuenta una historia del Dr. Adam Clarke, que muestra el coraje que a veces necesita el joven cristiano. Cuando estaba en una tienda en la ciudad de Colerain, se estaban preparando para la feria anual, y se medían algunos rollos de tela. Uno de ellos era demasiado corto, y el maestro dijo: «Vamos, Adam, tú tomas ese extremo, y yo tomaré el otro, y pronto lo estiraremos hasta que sea lo suficientemente largo». Pero Adam no tenía manos para hacerlo, ni oídos para escuchar la deshonesto orden de su amo, y al final se negó rotundamente, a lo que el maestro dijo: «Nunca serás un comerciante. No sirves para nada aquí, será mejor que te vayas a casa y te dediques a otra cosa».

Ahora bien, eso puede que ya no se haga, porque hoy en día los hombres no suelen engañar de esa manera tan abierta y directa, sino que engañan de formas más astutas. Los registros del tribunal de quiebras te dirán a qué me refiero. Las quiebras sucesivas de la misma persona son generalmente un robo redoblado y destilado. No un robo a la antigua, como el que antes llevaba a los hombres al destierro y a la horca, sino algo peor que el robo de caminos y el allanamiento de morada.

El cristiano genuino de vez en cuando tendrá que plantar cara y decir: «No, no puedo, y no me mezclaré con tal cosa», y tendrá que decir esto a su amo, a su padre, a su amigo, cuyo respeto desea

ganar, y que podría serle de la mayor ayuda posible en la vida. Pero si es tu deber, mi querido hermano y hermana, hacer lo correcto, hazlo aunque los cielos caigan. Hazlo aunque la pobreza te mire a la cara. Hazlo aunque te echen a la calle mañana.

Nunca saldrás perdiendo con Dios a la larga, y si tienes que sufrir por causa de la justicia, ¡bienaventurado eres! Considérate feliz de tener el privilegio de hacer cualquier sacrificio por causa de la conciencia, porque en estos días no tenemos el poder de honrar a Dios como lo hicieron aquellos que fueron a prisión, al potro de tortura y a la hoguera. No desechemos, por lo tanto, otras oportunidades que se nos dan para mostrar cuánto amamos al Señor y cuán fielmente deseamos servirle.

Sé muy valiente para hacer lo que el Señor Jesús te manda en todas las cosas, y que los hombres te juzguen como un idiota si quieren, tú serás uno de los campeones del Señor, un verdadero Caballero de la Cruz.

## **II. LA EXACTITUD DE LA OBEDIENCIA ES LA ESENCIA DE LA OBEDIENCIA.**

En segundo lugar, aprendo del texto que la exactitud de la obediencia es la esencia de la obediencia.

«Para que tengas cuidado de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó: no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra.» (Josué 1:7)

El mundo dice: «No debemos ser demasiado precisos». ¡Mundo hipócrita! El mundo quiere decir que le gustaría deshacerse de la ley de Dios por completo, pero como apenas se atreve a decirlo directamente, se queja con el más repugnante de todos los lamentos: «No debemos ser demasiado puntillosos ni demasiado escrupulosos».

Como dijo alguien a un viejo puritano una vez: «Mucha gente ha roto sus conciencias por la mitad. ¿No podrías tú hacer una pequeña muesca en la tuya?». «No», dijo él, «no puedo, porque mi conciencia pertenece a Dios». «Hay que vivir, ¿sabes?», dijo un tendero avaricioso, como excusa para hacer lo que de otro modo no podía defender. «Sí, pero hay que morir», fue la respuesta, «y por lo tanto no debemos hacer tal cosa». No hay una necesidad particular de que ninguno de nosotros viva. Probablemente estemos mejor muertos, si no podemos vivir sin hacer el mal.

La esencia misma de la obediencia, he dicho, reside en la exactitud. Probablemente tu hijo, si a veces desobediente, aun así, como regla general, haría lo que le dijeras. Sería en las pequeñas cosas donde aparecería la obediencia completa y encomiable.

Que el mundo juzgue esto por sí mismo. Aquí hay un hombre honesto. ¿Dice la gente de él: «Es tan honesto que no robaría un caballo»? No, eso no probaría que es muy honesto. Pero dicen: «Ni siquiera tomaría un alfiler que no le perteneciera». Esa es la propia descripción del mundo de la honestidad, y seguramente cuando se trata de la obediencia a Dios debería ser lo mismo.

Aquí hay un comerciante que se jacta: «Tengo un empleado que es tan buen contable que no encontrarías un error de un solo penique en seis meses de contabilidad». No significaría mucho si hubiera dicho: «No encontrarías un error de diez mil libras en seis meses de contabilidad».

Y sin embargo, si un hombre se aferra a las pequeñas cosas, y es minucioso y particular, los mundanos lo acusan de ser demasiado estricto, demasiado rígido, demasiado puritano, y no sé qué más, mientras que, según su propia cuenta, la esencia de la honestidad y de la corrección es la exactitud en las pequeñas cosas. Si profeso obedecer al Señor Jesucristo, la prueba crucial no estará en las grandes acciones, sino en las pequeñas.

Mis queridos hermanos, desearía que la iglesia cristiana realmente pensara esto. Hay tanto en muchas iglesias de frivolidad con las palabras —me refiero a personas que profesan creer lo que no se cree—, dándole a las palabras un significado diferente al sentido natural y obvio, lo cual no es mejor, a mi parecer, que mentir ante los ojos de Dios.

También conozco miembros de iglesias que dicen: «No apruebo mucho de lo que hay en nuestro credo», y sin embargo, siguen siendo miembros de esa iglesia. No lo entiendo. No puedo comprender cómo un hombre puede soportar participar en los actos de cualquier iglesia, sea la que sea, cuando sabe que esos actos son incorrectos, haciendo de ello parte de su religión hacer el mal, haciendo la vista gorda y cerrando los ojos a lo que su propia conciencia le dice que no está de acuerdo con la voluntad de Dios.

Si pensara que en cualquiera de nuestros procedimientos en este lugar no actuamos conforme a la voluntad de Dios, humildemente desearía cambiar de inmediato. Y ruego que nosotros, como iglesia, cuando erremos, o en algo no hayamos actuado conforme a la Escritura, estemos dispuestos a someternos a la Santa Escritura, y a educar siempre nuestras mentes a la voluntad del Señor Jesucristo, para que podamos hacer esa voluntad en todas las cosas.

La iglesia puede estar equivocada en muchos puntos y, sin embargo, ser aceptada ante Dios, porque la conciencia de la iglesia puede no estar iluminada. Pero lo que defiende es que, en la medida en que nuestra conciencia está iluminada, estamos obligados a actuar de acuerdo con ella, y que no tenemos derecho a hacer nada de lo que no podamos estar seguros de que es correcto, y no tenemos derecho a unirnos a ningún cuerpo de profesantes que no estén llevando a cabo los mandamientos y

leyes del Señor en todas las cosas, hasta donde podamos juzgar. No en algunas cosas, sino en todas las cosas debemos ser observantes de la voluntad divina.

¿Hay alguna ordenanza de Cristo a la que algunos de ustedes nunca hayan asistido? ¿Han asistido al bautismo y a la Cena del Señor? Les exhorto, ante el Dios viviente, a que lo hagan si valoran su propia paz mental. «Aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.» (Lucas 12:47)

No hablo ahora de la disciplina de la ley —el cristiano no está bajo ella—; hablo, sin embargo, de la disciplina de la propia casa de Cristo, sobre la cual Cristo es el Maestro, y esta es la ley de la casa de Cristo: si no somos obedientes, no permaneceremos en el cómodo disfrute de Su amor, sino que seremos disciplinados, azotados y golpeados, hasta que estemos dispuestos a someternos a la voluntad del Señor.

Contra viento y marea, en las buenas y en las malas, en la pobreza o la riqueza, en la vergüenza o el honor, cristiano, aférrate a tu Maestro. Sé de esas almas vírgenes que:

*Dondequiera que el Cordero guíe,  
De Sus pasos nunca se apartan.*

Esos son los hombres que serán honrados en el cielo, que tienen una paz inefable con Dios en sus almas hoy, y tendrán las más brillantes coronas de inmortalidad sobre sus frentes mañana. La exactitud de la obediencia es la esencia misma de la obediencia. Mantengámonos, pues, en ella.

### **III. EL CAMINO DE LA OBEDIENCIA ES GENERALMENTE UN CAMINO MEDIO.**

Pero ahora, en tercer lugar, el camino de la obediencia es generalmente un camino intermedio. «No te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra». (Josué 1:7)

Seguramente habrá una mano derecha, seguramente habrá una mano izquierda, y ambas probablemente estén equivocadas. Habrá extremos en ambos lados. Creo que esto es cierto en diez mil cosas de la vida ordinaria, y también cierto en las cosas espirituales en muchos aspectos.

El camino de la verdad en la doctrina es generalmente un camino intermedio. Hay ciertas verdades tremendas, como la soberanía divina, la doctrina de la elección, las transacciones del pacto, y así sucesivamente. Y algunos hombres miran estas verdades con tal cariño que desean ser, y son, completamente ciegos a todas las demás verdades. Estas grandes y preciosas doctrinas ocupan todo el campo de su visión, mientras que otra parte del la Palabra de Dios, igualmente valiosa, es dejada sin

leer, o bien retorcida en alguna supuesta reconciliación con las verdades mencionadas en primer lugar.

Luego, nuevamente, hay otros que piensan mucho en el hombre. Tienen una profunda simpatía por la raza humana. Ven el pecado y la ruina del hombre, y quedan muy encantados con la misericordia de Dios y las invitaciones del Evangelio que se dan a los pecadores, y se quedan tan absortos en estas verdades en conexión con la responsabilidad del hombre y su libre albedrío, que no verán nada más, y declararán todas las demás doctrinas, excepto estas, como engaños.

Si admiten que las doctrinas de la gracia son verdaderas, las consideran sin valor, pero generalmente las consideran completamente falsas. Me parece que el camino de la verdad es creer ambas, sostener firmemente que la salvación es por gracia, y sostener con igual firmeza que la ruina de cualquier hombre es total y enteramente su propia culpa. Mantener la soberanía de Dios y también la responsabilidad del hombre, creer en el libre albedrío tanto de Dios como del hombre, ni deshonrar a Dios haciéndole un lacayo de la voluntad de Sus criaturas, ni, por otro lado, liberar al hombre de toda responsabilidad, haciéndolo un mero leño o una máquina.

Acepten todo lo que hay en la Biblia, queridos amigos, como verdadero. Nunca teman a ningún texto escrito por la pluma sagrada. Queridos hermanos, cuando hojeen las páginas, espero que nunca sientan como si desearan que algún versículo pudiera ser alterado. Confío en que nunca deseen que algún texto pudiera ser enmendado para leer un poco más calvinista, o un poco más como la enseñanza de Arminio.

Mantengan siempre que su credo debe doblarse ante la Biblia y no la Biblia ante su credo, y atrévanse a ser un poco inconsistentes consigo mismos, si es necesario, antes que ser inconsistentes con la verdad revelada de Dios. Encontrarán el camino del deber allí, creo, que no es ni a diestra ni a siniestra.

Así creo que es en otro aspecto, en el que la tendencia es a uno de dos extremos. Algunas personas dicen de los ministros: «Estos son los sacerdotes de Dios. Pueden distribuirnos la gracia». Otros claman: «No, ellos no lo hacen ni pueden. Todos somos igualmente capaces de dispensar la verdad. No necesitamos que nadie nos instruya, todos somos pastores, o más bien, somos lo suficientemente mansos como para pensar que lo somos».

Ahora bien, ahí, creo, el camino seguro se encuentra entre los dos. El ministro no es sacerdote, pero aun así, Dios capacita a algunos hombres por Su Espíritu para enseñar a otros. Él levanta pastores según Su propio corazón. Magnificaremos el oficio, pero no lo magnificaremos demasiado. No permitiremos que nadie hable en contra de él, porque creemos que es un don enviado por Dios. Por otro lado, no nos postraremos servilmente ante ningún hombre, por muy dotado que sea.

Notarán, en relación con las ordenanzas de la casa de Dios, que un extremo sobre los sacramentos es que son canales de gracia. El bautismo y la Cena del Señor son ordenanzas salvíficas, según ciertas personas ignorantes. El extremo opuesto es dejar las ordenanzas por completo y decir que no hay nada en ellas, y que no sirve de nada asistir a ellas. Seguramente lo correcto es creer que, como actos de obediencia, son aceptables para Dios. Y como signos y señales de grandes verdades espirituales, son instructivos y edificantes para los santos, y por lo tanto no deben ser descuidados. En este asunto, yo los haría «no desviarse ni a la diestra ni a la siniestra».

Así también, creo que debería ser en nuestra conducta general. Con respecto, por ejemplo, a nuestras palabras, el curso del habla generalmente es, por un lado, decir demasiado, o por otro lado, decir demasiado poco, callar cuando los impíos están ante nosotros, o bien ser imprudentes con nuestros labios y traicionar una buena causa por nuestra imprudencia al defenderla.

Hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar, y el que juzga bien marcará sus oportunidades y tomará el camino intermedio. No será locuaz con consejos no solicitados, ni será cobarde y mudo cuando deba dar testimonio de su Maestro.

Lo mismo ocurre con el celo. Hoy en día tenemos a algunos con la cabeza muy caliente. Harán esto y aquello, y no sé qué más, todo en un abrir y cerrar de ojos. Hablan como si fueran a poner el mundo patas arriba, mientras que sus propios cerebros son los que necesitan ser puestos en orden primero.

Fomentan avivamientos, pero no avivamientos de los que aprobaríamos; sus avivamientos se inflan como vejigas con mera excitación humana y juegos con las pasiones de los hombres, y esto trae el verdadero celo al desprecio. El suyo es un fuego que quema la casa en lugar de arder en la chimenea y calentar el hogar. Pero, ¿por eso no seremos celosos? ¡Dios no lo quiera! ¿Caeremos en el extremo opuesto de aquellos que se cruzan de brazos y dicen: «¿Por qué tanto ruido? Dios hará Su obra. Las cosas irán lo suficientemente bien, estemos tranquilos, durmamos como los demás»?

Hermanos, existe un camino intermedio de celo verdadero, sensato y prudente: adherirse a la verdad y nunca creer que las personas pueden convertirse con mentiras, por muy fervientemente que se les grite al oído. Caminar dentro de los límites de la verdad de Dios, y estar persuadidos de que la mejor semilla para sembrar es la que Dios pone en la cesta de Su Palabra, y que los pecadores no se salvan con declaraciones precipitadas ni con declamaciones extravagantes, sino que son llevados a Cristo, como lo fueron antiguamente, por el simple relato afectuoso de la historia de la cruz, y por el poder del Espíritu Santo enviado del cielo. Aquí, de nuevo, «no te apartes ni a diestra ni a siniestra».

Amados, este es un punto que debemos cuidar de observar en cuanto a nuestras confianzas. El cristiano no debe desviarse ni a diestra ni a siniestra, con respecto a la confianza de su alma, en cuanto a su salvación eterna. «Nadie sino Jesús» debe ser la consigna constante de nuestro espíritu.

Algunos nos llamarán en esta dirección, y otros en aquella. Las balizas de los naufragadores nos atraerían hacia las rocas en mil direcciones, pero naveguemos por el sol o por la estrella polar, y no confiemos en los guías traicioneros de la fantasía humana.

Manténganse firmes en esto, que «nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo». (1 Corintios 3:11) Descansen en la obra consumada del Señor Jesús, y pongan toda su confianza en Él como crucificado, resucitado y abogando por Su pueblo. Decidan en sus corazones que no serán apartados de Jesús.

*Si todas las formas que los hombres idean,  
Asaltarán mi fe con arte traicionero,  
Las llamaría vanidad y mentiras,  
Y ata el Evangelio a mi corazón».*

Así que, en cuanto a la fe misma, mantengamos el término medio. No seamos como algunos, presuntuosos y reacios a examinarse a sí mismos, declarando que deben tener razón. Recordemos que—

*«Quien nunca dudó de su estado, puede —quizás demasiado tarde—».*

No caigamos, por otro lado, en la duda constante, imaginando que nunca podemos estar plenamente seguros, sino que siempre debemos plantear la pregunta—

*«Es un punto que anhelo saber, A menudo causa pensamiento ansioso; ¿Amo al Señor o no? ¿Soy suyo, o no lo soy?»*

Pidamos a Dios que nos guíe por el camino del medio, donde podamos decir: «Yo sé a quién he creído, y estoy persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día», cuidadosos, vigilantes, orantes, tanto como si nuestra salvación dependiera de nuestra propia vigilancia. Confiando en la promesa segura y en el juramento inmutable, sabiendo que estamos firmes en Cristo y no en nosotros mismos, y que somos guardados por el poderoso Dios de Jacob, y no por ningún poder propio.

Este camino del medio, en el que no nos desviamos a la derecha de la presunción, ni a la izquierda de la incredulidad, es el camino que Dios quiere que sigamos.

Esta regla, que podría seguir aplicando de muchísimas maneras, también será válida para ustedes en su vida diaria en cuanto a su alegría general o la falta de ella. Algunas personas nunca sonríen. ¡Queridas almas! Bajan las persianas los domingos. Lamentan que las flores sean tan hermosas y creen que deberían haber sido blanqueadas. Casi creen que si los lechos del jardín tuvieran un color un poco más serio, sería aconsejable.

He conocido a algunos, y a algunos a quienes respeto mucho, hablar de esta manera. Un buen hermano, cuyo cordón de zapato no soy digno de desatar, dijo, en una ocasión, que cuando subió por el Rin, inunca miró las rocas, ni los viejos castillos, ni el río que fluía, estaba tan absorto en otras cosas!

Para mí, la naturaleza es un espejo en el que veo el rostro de Dios. Me deleito en contemplar el exterior, y—

*«Mira a través de la naturaleza hacia el Dios de la naturaleza».*

Pero para él todo eso era impiedad. Confieso que no entiendo ese tipo de actitud. No siento simpatía por aquellos que consideran este mundo material como si fuera un lugar muy malvado, y como si no hubiera aquí ningún rastro de la mano divina, ni pruebas de la sabiduría divina, ni manifestaciones del cuidado divino. Creo que podemos deleitarnos en las obras de Dios, y encontrar mucho placer en ellas, y avanzar mucho hacia Dios mismo al considerar sus obras.

Aquello a lo que me he referido es un extremo. Hay otros que son todo espuma y ligereza, que profesan ser cristianos y sin embargo no pueden vivir sin los mismos entretenimientos que los mundanos, deben estar ahora en esta fiesta y luego en aquella, nunca cómodos a menos que estén haciendo chistes, y persiguiendo todas las ligerezas y frivolidades del mundo. ¡Ah! lo primero es una debilidad perdonable en la que hay mucho de encomiable, pero esto es detestable, de lo cual no puedo decir nada bueno.

El cristiano, creo, debería navegar entre los dos extremos. Debe ser alegre, pero no frívolo. Debe mantenerse y ser feliz bajo toda circunstancia, tener una palabra amigable y amable para todos, y ser un hombre entre los hombres como lo fue el Salvador, dispuesto a sentarse en el banquete, y a festejar y regocijarse con los que se regocijan, pero aun así con una mente celestial en todo, sintiendo que un gozo en el que no puede tener a Cristo con él no es gozo, y que los lugares de diversión donde no puede llevar a su Señor con él no son lugares de diversión, sino escenas de miseria para él.

Debe ser constantemente alegre, feliz y regocijado, y sin embargo, al mismo tiempo, debe mostrar una profunda solemnidad de espíritu que aleje de él todo lo que sea sacrílegamente ligero y trivial.

Con la misma regla, organicen sus negocios. Algunos hombres de negocios actúan de tal manera que desde la mañana hasta la noche no pueden pensar en otra cosa que en los negocios. He tenido que lamentarme por algunos cristianos que, cuando ya tenían suficiente, no lo sabían —cuando estaban haciendo todo lo que podían hacer con salud para sus almas, y no tenían más necesidad de ganancia, sin embargo, debían lanzarse a otra cosa que les quitaría todas las oportunidades de servir a la causa de Dios, y todo tiempo para la reflexión y el pensamiento, y que así traería esterilidad y flaqueza a sus almas.

De otros tenemos que quejarnos, que no trabajan lo suficiente en sus vocaciones. Están en un sermón cuando deberían estar detrás del mostrador, o están disfrutando de una reunión de oración cuando deberían estar remendando los calcetines de sus maridos. Salen a predicar a las aldeas cuando harían mejor en ganar dinero para pagar a sus acreedores.

Hay extremos, pero el verdadero cristiano es diligente en los negocios y también ferviente en espíritu, buscando combinar ambos. El creyente debe ser como uno de antaño, *un hombre justo y piadoso*, sin que un deber sea manchado con la sangre de otro deber. Teniendo una proporción adecuada de todas las gracias, busca en su vida cumplir su vocación como hombre, como padre, como miembro de la iglesia, o lo que sea que pueda ser.

#### **IV. El camino de lo correcto es el camino de la verdadera prosperidad.**

Observemos el último párrafo del texto: *«Para que prosperes dondequiera que vayas»*. Que ningún hombre se engañe con la idea de que si actúa correctamente, por la gracia de Dios prosperará en este mundo como consecuencia. Es muy probable que, al menos por un tiempo, su conciencia se interponga en el camino de su prosperidad. Dios no siempre hace que el obrar correctamente sea un medio de ganancia pecuniaria para nosotros. Por el contrario, frecuentemente sucede que, por un tiempo, los hombres son grandes perdedores por su obediencia a Cristo.

Pero la Escritura siempre nos habla del largo plazo. Resume la totalidad de la vida —allí promete verdaderas riquezas. Si desean prosperar, manténganse cerca de la Palabra de Dios y de su conciencia, y tendrán la mejor prosperidad. No la verán en una semana, ni en un mes, ni en un año, pero la disfrutarán dentro de poco. Cientos he visto, y hablo con mesura cuando me refiero a ese número, que en diferentes momentos de dilema me han buscado y me han pedido consejo sobre qué deberían hacer.

Ahora, hermanos, casi siempre he notado que aquellas personas que temporizan, o intentan encontrar una política de mediación, y hacer el menor mal posible, pero aún así un poco, siempre caen de una zanja a otra y toda su vida es una vida de compromisos, de pecados y de miserias. Si llegan al cielo, lo hacen de manera desaliñada, y con espinas perforándoles los pies todo el camino.

Pero he notado a otros que han salido directamente, y han roto las cuerdas que los enredaban y han dicho: *«Haré lo correcto, aunque muera por ello»*, y aunque han tenido que sufrir (podría mencionar algunos casos en los que sufrieron durante años, con gran pesar para quien les dio el consejo sobre el que actuaron, no porque lamentara darles el consejo, sino que lamentaba que tuvieran que sufrir), sin embargo, siempre hubo un giro en algún lugar, y tarde o temprano tuvieron

que decir: *«Gracias a Dios, después de todo, a pesar de todas mis cruces y pérdidas, fui llevado a ser fiel a mis convicciones, porque soy un hombre más feliz, si no un hombre más rico».*

En algunos casos, han sido absolutamente hombres más ricos, porque después de todo, incluso en este mundo, *«la honestidad es la mejor política».* Es una forma muy baja de verlo, pero lo correcto y la justicia, al final, a la larga, obtienen el respeto y la estima de los hombres. El ladrón, aunque toma un camino corto para enriquecerse, toma un camino tan peligroso que no le compensa. Pero el que camina directamente por el camino angosto lo encontrará el camino más corto hacia el mejor tipo de prosperidad, tanto en este mundo como en el venidero.

Si no, amados, si no obtenemos prosperidad exterior aquí, confío en que ustedes y yo, si amamos a Cristo y estamos llenos de su Espíritu, podemos prescindir de ella. Pues bien, si debemos ser pobres, pronto terminará, y en el cielo no habrá pobreza. Pues bien, si debemos luchar por ello, para mantener nuestra conciencia, no esperábamos venir a este mundo para—

*«Ser llevados a los cielos*

*En lechos floridos de facilidad».*

Si debe llegar a esto, que debemos sufrir hambre e incluso la propia desnudez, no estaremos peor que los apóstoles —hombres mejores que nosotros. No seremos rebajados más que los mártires —con cuyos nombres no somos dignos de que los nuestros se unan. Corramos, pues, todos los riesgos por Cristo. No es soldado quien no puede morir por su patria. No es cristiano quien no puede perder su vida por Cristo.

Debemos estar dispuestos a renunciar a todas las cosas antes que vender la verdad o vender lo correcto, y si llegamos a esto, tendremos tal coraje dentro de nuestros espíritus, una conciencia tan tranquila de la presencia de Dios el Espíritu Santo, y tan dulces sonrisas del Salvador una vez sufriendo, pero ahora reinante, que tendremos que bendecir a Dios todos nuestros días por estas leves aflicciones, que son solo por un momento, las cuales producirán en nosotros un eterno y cada vez más excelente peso de gloria.

Puede que no haya hablado mucho para la comodidad del pueblo de Dios, pero me alegraré si he dicho siquiera media palabra que pueda tender a nutrir en medio de nuestra iglesia una obediencia ferviente, una piedad práctica, una verdadera y positiva devoción llevada a cabo en la vida ordinaria. Tenemos mucha doctrina, mucho pensamiento, mucha conversación, ¡pero oh, cuánto anhelo por más acciones santas!

Es repugnante ver las inconsistencias de algunos profesantes. Es suficiente, de hecho, para hacer que el mundo ridiculice a la iglesia, ver cuántos profesan seguir a Cristo, y luego guardan cualquier regla antes que la regla de Dios, y obedecen a cualquiera antes que al Señor Jesucristo.

Hermanos, oremos a Dios para que nuestros corazones sean sinceros en los caminos del Señor, y para que seamos guiados por su Espíritu hasta el final.

### PASAJE BÍBLICO LEÍDO ANTES DEL SERMÓN — JOSUÉ 1

---

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres divinos y una mínima actualización de algunas palabras arcaicas. El contenido es íntegro. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).